

SALA V. GRECIA. HISTORIA E HISTORIADORES DE LA GRECIA ANTIGUA

Fernando Lozano Gómez

Todas las sociedades humanas muestran preocupación por el pasado. Este interés por el pretérito común se transmite en los grupos primitivos mediante la narración de leyendas y mitos cuyo fin es la explicación del presente. Se trata de relatos en los que aparecen dioses y elementos sobrenaturales que se suelen adscribir al ámbito de la religión y las creencias. Estas construcciones míticas comienzan siendo transmitidas oralmente de generación en generación, de forma que se pueden actualizar y moldear a las nuevas situaciones de las cambiantes comunidades que las utilizan. Cuando los relatos - y las relaciones sociales - se hacen más complejos y se requiere una exégesis sobre las tradiciones y la explicación general del mundo, suelen ser los sacerdotes los encargados de llevar a cabo esta misión. Su función les proporciona un lugar privilegiado en la escala social y les brinda unas posibilidades ideológicas obvias. Las transformaciones típicas del surgimiento de las primeras organizaciones estatales suman, por otra parte, a las temáticas habituales de estos mitos, la perpetuación de las hazañas de los reyes y los héroes. Los poetas y los sacerdotes, al servicio del estamento dirigente, ensalzan los logros de los personajes insignes del pasado remoto, de los que descienden los nuevos rectores de los hombres.

La explicación del pasado en torno al mito y la leyenda se rompió en Grecia como consecuencia de las transformaciones profundas que sufrió la región durante la época Arcaica (siglos VIII a VI), entre las que destaca el surgimiento de la ciudad-estado como forma de organización de las comunidades humanas. En el siglo VI apareció ya en el mundo helénico una nueva forma de transmitir los hechos del pasado y, por tanto, de representarlos. Se trata de la logografía, la puesta por escrito de las tradiciones que hasta ese momento se habían transmitido oralmente. Estos nuevos autores recibieron encargos de las familias de potentados para la composición de genealogías y también de las propias ciudades para la fijación de sus historias particulares desde sus fundaciones míticas. Por otra parte, la superación del marco local en las relaciones económicas y la apertura de Grecia al mundo mediterráneo llevó a la composición de obras que describían la geografía y la etnografía de los lugares con los que se entraba en contacto, composiciones como la de Hecateo de Mileto, que son claras antecesoras de los primeros escritos propiamente históricos¹.

En el siglo V a. C., Heródoto fue el escritor que unió los fines de todos estos trabajos previos para crear un género nuevo cuyo objetivo era, fundamentalmente, la explicación del pasado mediante la indagación de los testimonios conservados, tanto orales como escritos, y el cotejo de las fuentes para dilucidar la mejor versión de los hechos². Se trata, además, de la obra en prosa escrita en griego más antigua que se conserva. En un estilo claro y sencillo, el autor recopiló, y departió, sobre numerosos temas distintos, desde geográficos hasta antropológicos, en un intento por explicar los motivos que desencadenaron el enfrentamiento entre griegos y

¹ Los estudios sobre la historiografía griega y el surgimiento de la Historia como género en Grecia son muy numerosos. En español consúltese recientemente el trabajo de A. Iriarte, *Historiografía y Mundo Griego*, Bilbao, 2011, que sirve de introducción. El lector que quiera profundizar en esta temática disfrutará de los trabajos clásicos de dos autores que recomiendo especialmente. Se trata de A. Momigliano y M. I. Finley. Hay traducciones de varias de sus obras como M. I. Finley, *Uso y abuso de la Historia*, Barcelona, 1977 y *La Grecia antigua*, Barcelona, 1984, y A. Momigliano, *La historiografía griega*, Barcelona, 1984. Véanse asimismo: C. Ampolo, "Per una storia delle storie greche", en S. Settis (ed.), *I Greci*, vol. I, Turín, 1996, pp. 1015-1088; P. Desideri, "Scrivere gli eventi storici", en S. Settis (ed.), *I Greci*, vol. I, Turín, 1996, p. 955-1013; S. Hornblower (ed.), *Greek Historiography*, Oxford, 1994, y K. Meister, *Die griechische Geschichtsschreibung*, Colonia, 1990.

² La bibliografía sobre Heródoto es amplísima. En español véase especialmente la introducción de F. Rodríguez Adrados a la *Historia*, publicada en la Biblioteca Clásica Gredos, Madrid, 1977. Consúltense asimismo: F. Hartog, *El espejo de Heródoto*, Buenos Aires, 2003, y J. Roberts, *Herodotus. A Very Short Introduction*, Oxford, 2011.

persas. Su objetivo y método queda claro desde el proemio que encabeza su obra:

«Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros, y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento, queden sin realce».

Una de las características principales que se derivan de este hecho es que su interés se centra sobre todo en la historia contemporánea; una peculiaridad que es común a la mayor parte de la historiografía griega antigua, como Tucídides, Jenofonte o Polibio. Heródoto todavía aceptó algunos mitos y leyendas, como el rapto de Helena y la Guerra de Troya, aunque racionalizados en parte, y los consideró episodios antiguos que preludiaban las Guerras Médicas. Este hecho, junto con el uso de numerosas fuentes poco fiables o dudosas, le valió durante mucho tiempo el escarnio de los historiadores, aunque su figura, y la validez de sus escritos, se han vindicado recientemente.

Heródoto, al que Cicerón denominó “Padre de la Historia”, nació en el año 484 a.C. en Halicarnaso en la costa egea de la actual Turquía. Su vida explica porqué dedicó sus escritos a describir el conflicto entre griegos y persas, pues su biografía personal estuvo profundamente influenciada por este enfrentamiento. Su ciudad natal fue gobernada por la tirana Artemisa I que había seguido a Jerjes contra los griegos y había participado en la batalla de Salamina (480 a. C.). Cuando se pudo involucrar en los importantes acontecimientos que se estaban produciendo, Heródoto tomó partido por los griegos, motivado por su fascinación por Atenas y su democracia. Se unió a una rebelión contra el tirano Lígdamis en Halicarnaso que fracasó y fue duramente reprimida. El escritor huyó, pero más adelante vio cumplido su deseo al participar en el fin de la tiranía de Lígdamis, que permitió la incorporación de su ciudad a la liga de Delos que, comandada por Atenas, se erigió en defensora de Grecia frente al agresor persa. A sus ideales políticos sumó Heródoto el afán por el conocimiento y la curiosidad por el hombre y la cultura, lo que le llevó a viajar por todo el Mediterráneo Oriental, Egipto, Mesopotamia y el Mar Negro. Fue al regreso de estos viajes, y asentado en la colonia de Turios, situada en la Magna Grecia, cuando comenzó a poner por escrito lo que había aprendido durante su periplo.

En su afán por aportar una explicación al conflicto, Heródoto indagó sobre la historia y las tradiciones de los pueblos sometidos a los persas, en un proceso en el que, por contraste, iba construyendo las particularidades propias, la identidad cultural, de los griegos y, finalmente, su superioridad al resto de los estados mediterráneos. El predominio de los helenos, en particular de Atenas, estribaba en esencia en que contaban con un sistema político superior al de los persas, pues eran iguales y libres frente a la servidumbre propia del oriental, sometido al rey de reyes. El surgimiento de la Historia estuvo, por tanto, en íntima relación con la definición identitaria del pueblo griego que construía y explicaba su presente por oposición a sus vecinos. En su enfrentamiento con los persas, Heródoto señala las claves de estas diferencias:

«El hecho de ser griegos, nuestra lengua común, los altares y sacrificios que todos compartimos y nuestros valores y costumbres comunes” (*Historia* VIII, 144)³».

Resulta interesante indicar que, de forma paralela y en buena parte sincrónica, se estaban produciendo en China acontecimientos similares. Los *Anales de primavera y otoño*, atribuidos a Confucio (c. 551-479 a.C.) fijaron el canon de esta historiografía al narrar a modo de crónica la

³ Consúltense al respecto el reciente trabajo de E. Muñiz, "The Frontiers of Graeco-Roman Religions: Greek and Non-Greeks from a Religious Point of View", en O. Hekster y T. Kaizer, *Frontiers in the Roman World*, Leyden, 2011, p. 133-148.

historia del Estado de Lu. Una tradición historiográfica que, como le ocurrió a la griega, fue haciéndose más compleja con los anales de Tso-Chuan (la tradición de Tso), aparecidos en el periodo Han y considerados la primera obra maestra de la literatura china. Durante la Dinastía Han escribieron también Ssu-ma Ch'ien (c. 145-85 a.C.) y su padre, Ssu-ma T'an, que ocuparon el puesto de Gran escriba en la administración imperial, y realizaron una historia de China desde sus orígenes. Al trabajo de esta familia de escribas hay que sumar la obra de Pan Ku (32-92 d.C.) que redactó una historia de la Dinastía Han que sirvió de modelo para las composiciones posteriores⁴.

El interés por el pasado se había convertido en Grecia, tras Heródoto, en una labor de investigación de los testimonios y fuentes que permitían explicarlo y, por tanto, propiamente, en Historia como disciplina intelectual precursora de nuestra actual ciencia. El siguiente paso, para muchos investigadores el que verdaderamente se puede considerar como el comienzo de la Historia en Grecia, se atribuye a Tucídides (n. 460-455 a.C.; m. 400-398 a.C.) cuyo método sigue el del escritor de Halicarnaso pero introduciendo una mayor racionalización de las fuentes y una estructura más lineal y cronológica, en este caso, para explicar la guerra que enfrentaba a Esparta y Atenas, la Guerra del Peloponeso⁵. Con él se inaugura definitivamente el tipo de disciplina que se pondría en práctica durante toda la Antigüedad y que sería con posterioridad rescatada y reinventada por los historiadores europeos de época Moderna y Contemporánea. Aunque la historiografía antigua cambió a lo largo del tiempo, existen algunas características comunes a todo el período y a la generalidad de sus autores. Principalmente, fue un medio de expresión de una clase privilegiada que escribía para un público que pertenecía a ese mismo grupo, lo que provocó que siempre se diera mayor importancia a las acciones de los grandes hombres de estado, así como a las cuestiones de alta política y gobierno, y que se despreciara a las clases menos favorecidas. Por otra parte, como se indicó en el caso de Heródoto, la única Historia que se consideraba realmente válida era la contemporánea, aquella que el propio escritor conocía. Idealmente, el autor incluso había participado en los acontecimientos que narraba o había conocido a alguien que pudiera aportar un relato directo de los acontecimientos. En un conocido pasaje de su obra, informó Tucídides de su método:

«En cuanto a los discursos que pronunciaron los de cada bando, bien cuando iban a entrar en guerra bien cuando ya estaban en ella, era difícil recordar la literalidad misma de las palabras pronunciadas, tanto para mí mismo en los casos en los que los había escuchado como para mis comunicantes a partir de otras fuentes. Tal como me parecía que cada orador habría hablado, con las palabras más adecuadas a las circunstancias de cada momento, ciñéndome lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas, en este sentido están redactados los discursos de mi obra. En cuanto a los hechos acaecidos en el curso de la guerra, he considerado que no era conveniente relatarlos a partir de la primera información que caía en mis manos, ni como a mí me parecía, sino escribiendo sobre aquellos que yo mismo he presenciado o que, cuando otros me han informado, he investigado caso por caso, con toda la exactitud posible. La investigación ha sido laboriosa porque los testigos no han dado las mismas versiones de los mismos hechos, sino según las simpatías por

⁴ W. G. Beasley y E. G. Pulleyblank (eds.), *Historians of China and Japan*, Londres, 1961; D. C. Twitchett, *The Writing of Official History under the Tang*, Cambridge, 1993, y B. Watson, *Ssuma Ch'ien: Grand Historian of China*, Nueva York, 1958.

⁵ La bibliografía general y los estudios particulares sobre Tucídides son numerosos. A modo de introducción, consúltese: J. Calonge Ruiz, "Introducción general", en *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Biblioteca Clásica Gredos 149, Madrid, 1990. El comentario más amplio y detallado es la obra de S. Hornblower, *A Commentary on Thucydides*, vol. I-III, Oxford, 1991-1996-2009. Consúltese también: H. D. Westlake, *Studies in Thucydides and Greek History*, Bristol, 1989. Para la recepción de la obra de Tucídides en Europa, consúltese el interesante trabajo de M. Romero Recio, "Tucídides y la Historia Antigua en la España del siglo XIX", en V. Fromentin, S. Gotteland y P. Payen (eds.), *Ombres de Thucydide. La réception de l'historien depuis l'Antiquité jusqu'au début du XX^e siècle*, Burdeos, 2010, p. 509-520.

unos o por otros o según la memoria de cada uno». (*Historia de la Guerra del Peloponeso* 1, 22, 1-3).

Siguiendo el modelo de Tucídides, que había comenzado su escrito en el momento en que lo dejó Heródoto, los historiadores retomarían la narración de los hechos allí donde la habían abandonado sus predecesores. Este es el caso de Jenofonte (c. 430-354 a.C.) con sus *Helenicas*⁶, que emprende la narración de los hechos fundamentales acaecidos en Grecia en el lugar en el que acabó la inconclusa obra de Tucídides.

El cambio fundamental que experimentó la historiografía griega a partir de este momento está en estrecha relación con las transformaciones políticas que se estaban produciendo en las ciudades helenas. La democracia y la polis, que habían inspirado a los dos grandes historiadores del siglo V, se encontraban en crisis y las soluciones que se contemplaban giraban en torno a la actuación de grandes figuras. Frente a Tucídides, para quien los individuos principales eran representaciones de tendencias de la sociedad, en Jenofonte los grandes políticos, filósofos y reyes son la parte fundamental de la Historia y su obra se encamina al establecimiento de normas de conducta y morales que cristalizan en estos personajes señeros. Por eso sus escritos se centraron en personas influyentes de su época como Agesilao, el rey espartano; Ciro, el rey persa, y Sócrates, su maestro, el filósofo ateniense. Una tendencia general a la que se sumaron autores como Isócrates que buscó la superación de la crisis a través de la intervención de Filipo de Macedonia (382-336 a.C.). Fue precisamente la irrupción de este reino norteño en el panorama político griego la que terminó de acelerar los cambios en las ciudades, que perdieron su independencia al ser englobadas en estructuras gubernamentales más amplias. La respuesta en el ámbito de la Historia osciló entre los estudios localistas, como los atidógrafos, que escribieron la historia nacional de Atenas con fin laudatorio, a las nuevas creaciones de carácter universal, en el que la Historia amplía sus horizontes, dejando de ser principalmente contemporánea y nacional para pasar al estudio general y diacrónico del pretérito.

El interés por los individuos singulares se mantuvo, destacando, como no podía ser de otra forma, la atención que recibieron los reyes de los estados surgidos tras la disolución de las conquistas de Alejandro Magno (356-323 a.C.). Ya antes, Isócrates había tenido dos discípulos que se hicieron historiadores, Éforo de Cyme, reputado como el primer escritor de una historia universal, y Teopompo de Quios, que compuso una obra exclusivamente dedicada a Filipo de Macedonia que era el prelude de los trabajos que después aparecerían sobre su hijo. Alejandro fue, en efecto, el protagonista, en consonancia con su preeminencia en la Historia de Grecia, de numerosas obras de carácter histórico y hagiográfico. Varios autores emprendieron el relato de sus hazañas en la línea contemporánea de Tucídides y Jenofonte como Ptolomeo, Clitarco o Aristobolo, los denominados historiadores de Alejandro, aunque sus trabajos no se han conservado y sólo se conocen a través de escritores posteriores como Quinto Curcio Rufo, Arriano, Plutarco o Diodoro Sículo⁷.

La Historia en Época Helenística, además de ampliar su interés temático y temporal, aumentó su erudición y su afán por la adquisición de saber formal tras el que se escondía la pérdida de la capacidad crítica a la que se vio abocada por la situación política del momento. Los escritos se

⁶ Para Jenofonte, consúltese en general: C. García Gual, "Introducción" en *Anábasis*, Biblioteca Clásica Gredos 52, Madrid, 1982. Una visión más detallada en J. K. Anderson, *Xenophon*, Londres, 1974; W. E. Higgins, *Xenophon the Athenian. The Problem of the Individual and the Society of the Polis*, Albany, 1977, y C. J. Tuplin (ed.), *Xenophon and his World*, Stuttgart, 2004.

⁷ Los trabajos dedicados a la vida y obra del monarca macedonio son muy numerosos. Para una visión general consúltese: J. Alvar y J. M. Blázquez, *Alejandro Magno, hombre y mito*, Madrid, 2000. Para Quinto Curcio Rufo: E. Baynham, *Alexander the Great: The Unique History of Quintus Curtius*, Michigan, 1998, y F. Pejenaute Rubio, "Introducción", en *Historia de Alejandro Magno*, Biblioteca Clásica Gredos 96, Madrid, 1986. Sobre Arriano, véanse: A. Bravo García, "Introducción" en *Anábasis de Alejandro Magno*, Biblioteca Clásica Gredos 49, Madrid, 1982; P. A. Stadter, *Arrian of Nicomedia*, Chapel Hill, 1980, y E. H. Wheeler, *Flavius Arrianus: A Political and Military Biography*, Durham, 1977.

convirtieron en muchos casos en minuciosos trabajos de compilación de fuentes cuya validez para el discurso histórico resultaba del criterio de autoridad antes que de una autopsia crítica.

La siguiente figura imprescindible en la historiografía griega fue Polibio, que nació en Megalópolis de Arcadia en torno a 210-200 a.C.⁸ La vida de este autor estuvo marcada, como la de todos los griegos de su época, por una fecha crucial, el 168 a.C., año en el que Paulo Emilio batió a Perseo en la batalla de Pidna. Tras el enfrentamiento varios notables de la derrotada Liga Aquea, entre los que se encontraba el escritor, fueron deportados a Roma. Allí entró en el círculo de los Escipiones y gracias a su situación cercana a esta familia de grandes generales y políticos romanos, pudo presenciar buena parte de los acontecimientos por los que se verificó el auge definitivo de Roma en el Mediterráneo. Sus conocimientos los consignó en las *Historias*, a cuya realización consagró los últimos años de su vida. La obra narra el tiempo comprendido entre 265 a.C., comienzo de la Primera Guerra Púnica, y 146 a.C., año de la destrucción de Cartago.

Con este autor la Historia se desplaza definitivamente hacia Roma, a la vez que, por otra parte, quedan de manifiesto las características que se enunciaron antes para los historiadores que le habían precedido, muy especialmente, en cuanto al interés por la Historia contemporánea, aunque ya no de forma exclusiva y tampoco con una excelente crítica de las fuentes, así como la búsqueda de modelos y ejemplos morales. Su objetivo es la explicación del hecho histórico más importante que se había producido en su época, el auge de Roma, y así lo expone desde el comienzo de su obra:

«Si aquellos que me han precedido en poner luz en hechos y acciones históricos hubieran omitido hacer el elogio de la historia, tal vez me vería en la precisión de inclinar a todos a la elección y estudio de estos comentarios, en el supuesto de que no hay profesión más apta para la instrucción del hombre que el conocimiento de las cosas pretéritas. Pero como no algunos, ni de un mismo modo, sino casi todos los historiadores se han valido de este mismo exordio, sentando que el estudio y ejercicio más seguro en materias de gobierno es el que se aprende en la escuela de la historia, y que la única y más eficaz maestra para poder soportar con igualdad de ánimo las vicisitudes de la fortuna es la memoria de las infelicidades ajenas no tiene duda que así como a ningún otro sentaría bien el repetir una materia de que tantos y tan bien han tratado, mucho menos a mí. Sobre todo cuando la misma novedad de los hechos que voy a referir es suficiente por cierto para atraer y excitar a todos, jóvenes y ancianos, a la lectura de esta obra. Pues, a decir verdad, ¿habrá hombre tan estúpido y negligente que no apetezca saber cómo y por qué género de gobierno los romanos llegaron en cincuenta y tres años no cumplidos a sojuzgar casi toda la tierra, acción hasta entonces sin ejemplo? ¿O habrá alguno tan entregado a los espectáculos, o a cualquiera otro género de estudio, que no prefiera instruirse en materias tan interesantes como éstas?»

En Polibio, Roma se presenta como la síntesis de lo mejor de Grecia, en especial, en el ámbito político y, en este sentido, continuadora de los ideales y la labor del helenismo. Donde Heródoto había creado dos categorías de hombres, los griegos y los bárbaros, en sus *Historias* se incluye una tercera tipología, el romano. Y fueron precisamente las particulares instituciones políticas de las que se dotó la capital del Lacio las que esclarecían para Polibio el triunfo de la capital del Lacio. Seguía el escritor, en este sentido, el mismo argumento que había esgrimido Heródoto

⁸ Para Políbio, véanse en general: B. C. McGing, *Polybius' Histories*, Oxford, 2010; G. Schepens y J. Bollansée, *The shadow of Polybius*, Lovania, 2005; J. Santos Yanguas, *Polibio y la península ibérica*, Bilbao, 2003; F. W. Walbank, *Polybius, Rome and the Hellenistic world*, Cambridge, 2002, y A. R. Eckstein, *Moral vision in the Histories of Polybius*, Londres, 1995.

para explicar la victoria de los griegos sobre el persa, pero, en el caso romano, su éxito radicó en la perfecta unión de los sistemas políticos anteriores:

«De aquellos estados griegos que con frecuencia han llegado a ser grandes y, con frecuencia también, han experimentado un cambio total en dirección opuesta, resulta fácil la interpretación del pasado y la predicción de su futuro. En efecto: describir lo que ya se sabe no ofrece dificultades, y predecir el futuro no es nada complicado si nos guiamos por lo que ya ha sucedido. Pero en el caso concreto de los romanos no es nada sencillo ni comentar la situación actual, debido a la complejidad de su constitución, ni predecir el futuro, porque ignoramos sus instituciones pretéritas, tanto las públicas como las privadas. Se precisa, pues, una atención no vulgar en la investigación si se pretende alcanzar una sinopsis nítida de las cualidades distintas del régimen romano.

La mayoría de los que quieren instruirnos acerca del tema de las constituciones, casi todos sostienen la existencia de tres tipos de ellas: llaman a una “realeza”, a otra “aristocracia” y a la tercera “democracia” [...] En efecto, es evidente que debemos considerar óptima la constitución que se integre de las tres características [...]

Así, pues, estas tres clases de gobierno que he citado dominaban la constitución y las tres estaban ordenadas, se administraban y repartían tan equitativamente, con tanto acierto, que nunca nadie, ni tan siquiera los nativos, hubieran podido afirmar con seguridad si el régimen era totalmente aristocrático, o democrático, o monárquico. Cosa muy natural, pues si nos fijáramos en la potestad de los cónsules, nos parecería una constitución perfectamente monárquica y real, si atendiéramos a la del senado, aristocrática, y si consideráramos el poder del pueblo, nos daría la impresión de encontrarnos, sin ambages, ante la democracia».” (Polibio, *Historias* VI, 3, 1-5 y 11, 11.)

La historia de Roma escrita en griego y para público principalmente griego continuó durante el final de la República y el reinado de Augusto con autores como Diodoro Sículo⁹ y Dionisio de Halicarnaso¹⁰. El primero de ellos redactó la *Biblioteca histórica* en el s. I a.C. Se trata de una historia universal que narra desde los orígenes legendarios del hombre hasta la Guerra de las Galias de César. A pesar de la crítica que llevó a cabo Diodoro sobre el método histórico de Heródoto, su obra es en buena medida una compilación de leyendas y mitos que recuerda los escritos del autor del siglo V.

Poco después, Dionisio de Halicarnaso escribió las *Antigüedades romanas*, en las que llevó a cabo un panegírico a la conquistadora del Mediterráneo durante el reinado de Augusto. El autor fue más lejos que Polibio, ya que en su obra la superioridad de la capital del Lacio se elaboró mediante un procedimiento sumamente interesante, pues defendió que la ciudad fue una *polis* griega:

«Esto es lo que me fue posible descubrir con gran empeño, tras leer todos los escritos de griegos y romanos sobre el origen de Roma. De modo que ya

⁹ La bibliografía sobre Diodoro Sículo es muy abundante. Véanse: P. Green, *Diodorus Siculus, Books 11-12.37.1. Greek History 480-431 B. C. the Alternative Version*, Austin, 2006; K. S. Sacks, *Diodorus Siculus and the First Century*, Princeton, 1990, y "Diodorus and his Sources: Conformity and Creativity", en Hornblower, S., *Greek Historiography*, Oxford, 1994, p. 213-232, y P. J. Stylianou, *A Historical Commentary on Diodorus Siculus, Book 15*, Oxford, 1998.

¹⁰ Para Donisio de Halicarnaso véanse: E. Gabba, *Dionysius and the History of Archaic Rome*, Berkeley, 1991, y D. Plácido, "Introducción" en *Historia Antigua de Roma*, Biblioteca Clásica Gredos 73, Madrid, 1984.

uno puede con confianza hacerla ver como una ciudad griega, y mandar callar a quienes hacen de Roma un refugio de bárbaros, fugitivos y vagabundos; mostrando que es la ciudad más hospitalaria y amigable, reflexionando que el linaje de los aborígenes era enotrio, y éste arcadio. Recordando que a ellos se unieron los pelasgos, que eran argivos y que tras dejar Tesalia llegaron a Italia. Y a la llegada de Evandro y los arcadios, que habitaron cerca del Palatino, los aborígenes les cedieron el lugar. Además, los peloponesios que llegaron con Hércules se instalaron sobre la colina Saturnia. Finalmente los que abandonaron Troya se mezclaron con los anteriores. Así que no se podría encontrar un pueblo tan antiguo ni tan griego». (Dionisio de Halicarnaso, *Antigüedades romanas* I, 89.)

Su maniquea construcción, que ya había sido defendida por otros autores como Heráclides del Ponto, sirvió al escritor para explicar un mundo más romanizado que en el que vivió Polibio y, a la vez, consiguió mantener el prestigio de Grecia que, aunque había caído derrotada por el Lacio, no había sufrido la victoria de un bárbaro. La metodología de su obra se basó también en la compilación de testimonios anteriores, en muchos casos con escasa crítica y tiene el interés de haber sido pensada, en contra de lo que era habitual, para acabar donde empezó su escrito Polibio.

Diferente fue la aproximación de una de las composiciones más interesantes del período augusteo, la *Geografía* de Estrabón, que es un trabajo único por la información geográfica y etnográfica que transmite, así como por la compilación de fuentes anteriores que incluye¹¹. Sin ser propiamente un escrito histórico, aporta numerosos datos sobre el pasado de las regiones que describe. La *Geografía* buscó explicar el Mediterráneo al nuevo poder imperial que había surgido con Augusto. Se trataba, por tanto, de una herramienta diseñada para las necesidades gubernamentales del Imperio romano. Esta obra venía a completar otro trabajo de Estrabón, este sí de carácter histórico, los *Comentarios Históricos* de los que no se ha conservado casi nada. El interés de esta obra es que se concibió como continuación de la de Polibio, de tal forma que empezaba en el año 145-144 a.C. y concluía al final de las guerras civiles de la República.

Durante el Imperio romano, la historiografía griega siguió aportando obras cuyo objetivo era insertar, adaptar y prestigiar el elemento griego, que conservó la supremacía cultural, en un mundo dominado por Roma. Quizás el ejemplo más señero de los pasos en este sentido lo constituye Plutarco (c. 40-120 d.C.) con sus *Vidas Paralelas* en las que compara a grandes personajes griegos y romanos, teniendo siempre un fin moralizante¹². Este autor no llegó a defender que eran el mismo pueblo, como hizo Dionisio de Halicarnaso, pero sí los destaca del resto de las naciones, siguiendo el modelo propuesto por Polibio, y al compararlos, los sitúa en un plano de igualdad. Así, por ejemplo, afirma que

«Habiendo escrito del legislador Licurgo y del rey Numa, me parece que no será fuera de propósito subir hasta Rómulo, pues que tanto nos acercamos a su tiempo; pero examinando, para decirlo con Esquilo, ¿Quién tendrá compañía a esta lumbrera? ¿Con quién se le compara? ¿Quién le iguala? he creído que el que ilustró a la brillante y celebrada Atenas podría muy bien compararse y correr parejas con el fundador de la invicta y esclarecida Roma». (Plutarco, *Vida de Teseo* 1)

¹¹ La bibliografía sobre Estrabón es muy amplia. Véase por conveniencia: K. Clarke, *Between Geography and History: Hellenistic Constructions of the Roman World*, Oxford, 1999.

¹² Existen numerosos trabajos sobre Plutarco. Consúltense en especial: L. Van Hoof, *Plutarch's practical ethics: the social dynamics of philosophy*, Oxford, 2010; N. Humble, *Plutarch's lives: parallelism and purpose*, Swansea, 2010; I. Scott-Kilvert y C. R. Pelling, *Rome in crisis: nine lives by Plutarch*, Londres, 2010; B. Mora, *Il pensiero storico-religioso antico. Autori greci a Roma: Plutarco*, Roma, 2008; F. Marín Valdés, *Plutarco y el arte de la Atenas hegemónica*, Ovidedo, 2008; D. A. Russell, *Plutarch*, Bristol, 2001, y R. Lamberton, *Plutarch*, Londres, 2001.

Este tratamiento contrasta con el de Pausanias¹³ que en su obra del siglo II d.C., *Descripción de Grecia*, informó sobre los rituales, tradiciones y edificios más importantes de la Grecia continental, pero dejando fuera la mayor parte de los testimonios propios del período de la dominación romana. El escritor buscó las señas de identidad de los helenos en su pasado clásico y remoto, de manera que son frecuentes los casos en los que omite la descripción de eventos y monumentos romanos, como si no interesaran al autor, que los oculta voluntariamente. Sólo las acciones de algunos emperadores, como Nerón, escapan a esta obliteración, pero es sobre todo el filoheleno Adriano quien aparece con más frecuencia, sin duda porque el tipo de reinvención de Grecia que defendió este César coincidía con las pretensiones del autor. En Pausanias, por tanto, se opta por un procedimiento diferente al que venía siendo habitual, ya que se prestigiaban las partes del presente más inmediato que recordaban, y eran herederas, del pretérito más excelso de Grecia.

También existieron historiadores que realizaron obras sobre el Imperio como entidad que superaba los pueblos que la conformaban y que prestaban atención principalmente a los grandes personajes del momento, los emperadores. El representante más conocido que cultivó este tipo de escritos fue Dion Casio¹⁴, cuya *Historia Romana* en ochenta libros narraba el devenir de Roma desde su fundación hasta el siglo III d.C. Dion Casio era un escritor bitinio que ocupó un puesto en el Senado de Roma, de forma que pudo consultar los testimonios en la capital e informarse de primera mano de los acontecimientos que refirió en su obra, como el reinado de Cómodo, que le tocó sufrir junto al resto de los miembros de la Curia. Este autor es un claro ejemplo del éxito que tuvo el Imperio en la consecución de una oligarquía panmediterránea que superaba el ámbito local y que había hecho suya una recreación de la cultura griega, asumida por Roma, que se podía definir ya como grecorromana¹⁵.

Sin el marcado acento prosenatorial de Dion Casio, compuso el escritor Herodiano a comienzos del siglo III d.C. su *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio* en 8 libros que concluía con el reinado de Gordiano III (238)¹⁶. La obra de Herodiano tiene también pretensiones moralizantes y se diseñó como la continuación de las grandes creaciones anteriores, aunque el resultado no sea habitualmente de un gran valor histórico como fuente, salvo algunos períodos, entre los que destaca el reinado de Heliogábalo, que resultan más interesantes incluso que el respetado trabajo de Dion Casio.

Un enfoque diferente utilizó Apiano que comenzó a mediados del siglo II una *Historia Romana* desde los orígenes hasta la Guerra Civil entre Marco Antonio y Augusto, siendo la muerte de

¹³ La obra de Pausanias ha despertado gran interés entre los historiadores en especial por sus posibilidades informativas. Consúltense especialmente: S. E. Alcock, "Pausanias and the Polis: Use and Abuse", en M. H. Hansen (ed.), *Sources for the Ancient Greek City-State*, Copenhagen, 1995, p. 326-344; S. E. Alcock, J. F. Cherry y J. Elsner (eds.), *Pausanias. Travel and Memory in Roman Greece*, Oxford, 2001; K. W. Arafat, *Pausanias' Greece. Ancient Artists and Roman Rulers*, Cambridge, 1996; J. Bingen (ed.), *Pausanias historien*, (Entretiens Hardt, 41), Ginebra, 1996; J. Elsner, "Pausanias: a Greek pilgrim in the Roman World", *P&P* 135, 1992, p. 5-29; C. Habicht, *Pausanias' Guide to Ancient Greece*, Berkeley, 1985; J. Heer, *La personnalité de Pausanias*, Paris, 1979, y W. Hutton, *Describing Greece. Landscape and Literature in the 'Periegesis' of Pausanias*, Cambridge, 2005.

¹⁴ Para Dion Casio, véanse en general: B. Simons, *Cassius Dio und die Römische Republik*, Berlín, 2009; P. M. Swan, *The Augustan Succession: An Historical Commentary on Cassius Dio's Roman History, Books 55-56*, Phoenix, 2007; G. Migliorati, *Cassio Dione e l'impero romano da Nerva ad Antonino Pio*, Milán, 2003, y F. Millar, *A study of Cassius Dio*, Oxford, 1999.

¹⁵ Sobre este asunto, consúltense en especial: J. M. Cortés Copete, "Un nuevo gobierno, una nueva base social", en J. M. Cortés Copete y E. Muñoz Grijalvo, *Adriano Augusto*, Sevilla, 2004, p. 71-86.

¹⁶ Sobre Herodiano y su obra, consúltense: G. Alföldy, "Zeitgeschichte und Krisenempfindung bei Herodian", *Hermes* 99, 1971, p. 429-449; F. Cassola, "Sulla vita e la personalita dello storico Erodiano", *Nuova Rivista Storica* 41, 1957, p. 213-223; A. M. González-Cobos Davila, "Herodiano: Estado de la cuestión", *Studia Historica. Historia Antigua* 1, 1983, p. 91-98, y J. J. Torres Esbarranch, "Introducción", en *Historia del Imperio romano después de Marco Aurelio*, Biblioteca Clásica Gredos 80, Madrid, 1985.

Sexto Pompeyo el suceso final de su escrito¹⁷. La diferencia de perspectiva consistió en que, tras la introducción general, el autor estructuró el resto de la obra con criterios etnográficos según las diferentes etapas en las que se dividió la conquista del Mediterráneo por Roma. De tal forma que persiguió una historia general de todos los pueblos sometidos a la capital del Lacio. En definitiva, los historiadores helenos acabaron escribiendo Historia de Roma en griego para un público culto de todo el Imperio.

Este conjunto amplio de autores, desde Heródoto hasta Herodiano, muchos de los cuales se han perdido, han llegado a la actualidad gracias, fundamentalmente, a la labor de copia y edición manuscrita que se llevó a cabo en el Imperio Bizantino y en la Europa medieval y que fue después rescatada nuevamente por los escritores europeos de los siglos XV y XVI. Fue, con todo, un proceso lento y difícil, pues muchos originales griegos habían desaparecido o estaban perdidos en las bibliotecas monacales y tardaron en reaparecer. En el siglo XIV el vacío de poder creado en Italia por la pérdida de pujanza del Papado y el Imperio permitió la creación de estados independientes que estuvieron en la base del movimiento cultural del Renacimiento. Esta búsqueda de los orígenes culturales europeos en el Mundo Antiguo llevó a la investigación en monasterios para obtener manuscritos por personajes como Petrarca, Salutati y Bracciolini. El ataque de los turcos sobre Constantinopla aceleró este proceso gracias a la llegada de estudiosos griegos y nuevos manuscritos de obras clásicas a Italia. El paso fundamental, con todo, se produjo con la utilización de la imprenta para la difusión de estos trabajos que eran elaborados y consumidos por una incipiente academia internacional de estudiosos. Entre ellos destacó Aldo Manuzio en Venecia que reunió a especialistas en cultura clásica y creó un importante taller de imprenta. Buena parte de las primeras ediciones de textos griegos y latinos que circularon por una Europa ávida de conocimiento salieron de su oficina sobre todo entre 1493 y 1515, fecha en la que falleció y fue sucedido por su hijo. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII se terminaron de rescatar la mayoría de las obras clásicas conservadas y se llevaron a cabo numerosos estudios que fueron los fundamentos sobre los que se asentaron las nuevas ciencias del XIX entre las que ya se pueden nombrar con propiedad la Historia Antigua y la filología crítica moderna. En todo este renacimiento del pasado grecorromano, España ocupó en general un lugar secundario debido a las particularidades históricas y, sobre todo, ideológico-religiosas del país. El distanciamiento entre los avances europeos y la academia española se fue agrandando desde una situación bastante pareja en el siglo XVI, hasta un atraso secular en el XIX. Los fondos de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, que comenzó su andadura, precisamente, cuando despegaba la difusión en imprenta de las obras clásicas, refrendan la evolución histórica que se ha mencionado, ya que existe mayor número de libros, y de mayor interés, del XVI y, en menor medida, del XVII, que de los siglos posteriores¹⁸.

¹⁷ Para la obra de Apiano, consúltense: E. Gabba, E., "Roma nell'opera storiografica di Appiano", en G. Reggi (ed.), *Storici latini e storici greci di età imperiale*, Lugano, 1993, p. 103-115; K. Brodersen, "Appian und sein Werk", en *ANRW II*, 34.1, 1993, p. 339-363, y J. M. Carter, *Appian: The Civil Wars*, Harmondsworth, 1996.

¹⁸ Para la historiografía española del XVIII al XX, véanse: J. Arce y R. Olmos (Coords.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (ss. XVIII-XX)*, Madrid, 1991; J. Beltrán Fortes, "Historia de la arqueología en España. Precedentes y líneas actuales de investigación", *Revista de historiografía* 1, 2004, p. 38-59; A. M. Canto, *La arqueología española en la época de Carlos IV y Godoy. Los dibujos de Mérida de Don Manuel de Villena Moziño*, Madrid, 2001, y F. Wulff Alonso, "Historiografía ilustrada en España e Historia Antigua. De los orígenes al ocaso", en F. Gascó y J. Beltrán (eds.), *La Antigüedad como argumento*, vol. II, Sevilla, 1995, p. 135-152. Consúltense para el período anterior los interesantes estudios de L. Gil, *Campomanes, un helenista en el poder*, Madrid, 1976; *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Madrid, 1981, y *Estudios del humanismo y tradición clásica*, Madrid, 1984. Resulta también útil: C. Hernando, *Helenismo e ilustración (El griego en el siglo XVIII español)*, Madrid, 1975. Recientemente M. Romero Recio ha llevado a cabo estudios de gran interés que vienen a repensar el estado de los estudios sobre Antigüedad en el siglo XIX, consúltense: "Religión y política en el siglo XVIII: el uso del mundo clásico", *Ilu. Revista de Ciencia de las Religiones* 8, 2003, p. 127-142; "La Historia Antigua en la enseñanza: los ejercicios públicos de Historia Literaria en los Reales Estudios de San Isidro (1790-1791), *Cuadernos del Instituto Antonio de Nebrija* 7, 2004, p. 235-262; "Fondos del siglo XVIII sobre Historia Antigua en la Biblioteca de la Universidad Complutense", *Pliques de Bibliofilia* 26, 2004, p. 15-34; *Historias Antiguas. Libros sobre la Antigüedad en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2005; "La Biblioteca de la Escuela Superior de Diplomática: la presencia de la Historia Antigua en la enseñanza española del siglo XIX a través de sus fondos",



Gerión 23, 2005, p. 345-370; "Traductions libérales d'histoire ancienne, un espace de liberté dans la pensée absolutiste hégémonique", *Anabases* 7, 2008, p. 35-55. Consúltese igualmente: M. Romero Recio y J. Alvar Ezquerro, "A través del espejo alemán: la Hélade en la España del siglo XIX", en *Translating Antiquity. Immagini dell'antichità nel trasferimento europeo del sapere, Convegno internazionale 27-29 settembre 2007, Istituto Svizzero di Roma* (Italia), en prensa.